

una suma cuantiosa de dinero¹ para atender á las necesidades de Su Santidad y de los que le acompañaban.» Excusado es decir que este dinero era donativo de la señora duquesa de Villahermosa, que por medio de su tío socorria al Papa.

En la entereza y dignidad del P. Pignatelli, en la circunspeccion en el hablar, y en aquel no aspirar nunca á otra cosa que á ejecutar lo que conocía ser voluntad de Dios, veían sus compañeros una imágen del fundador de la Compañía. Confirmábalos en esto aquel continuo empeño que notaban en él de estudiar todo lo que pertenecía al Santo, fijándose en sus más insignificantes palabras, en sus sentencias y en sus acciones todas: revolvía con gusto y con afán los libros ó escritos que de esto trataban; mayormente las constituciones, en las cuales veía pintado con los colores más naturales y con sus propias dimensiones el espíritu más humano del santo Fundador.

Tales eran las ocupaciones del P. Pignatelli en Parma, cuando se presentó en aquel estado Nicolás Paccanari con doce compañeros suyos, con los cuales á fines de 1798 había fundado una congregacion, que llamó «Compañía de la Fe de Jesús,» con objeto, segun él decía, de preparar hombres aptos para la Compañía de Jesús, que entrasen en ella cuando fuese restablecida. Estando Paccanari en Roma ejecutando la comision de Pío VI de recoger y amparar á los alumnos del colegio de Propaganda, fue preso por la policía francesa, y encerrado en el castillo de Santángelo. Llamados á Roma sus compañeros, les tomó declaraciones el gobierno; y no hallando fin alguno político en su asociacion, como habían sospechado, los dieron por libres, y solamente les prohibieron vivir en el territorio de la que titularon «República Romana.»

No ignorando Paccanari la devocion del duque de Parma con los jesuítas, dirigióse á él para ponerse á sí y á los suyos bajo la proteccion de D. Fernando. Los Padres de los diversos convictorios, al verlos con la sotana de la Compañía, al oír la aquies-

¹ P. BOERO, *Menologio*, 28 Enero 1804, vida del P. José Marotti.

encia y aun fruicion con que el Padre Santo los había recibido, y la comision que les había dado en Roma, y más que todo al entender el fin de la nueva congregacion; los recibieron con los brazos abiertos, y los trataron como á hermanos. Acabólos de confirmar en la creencia de que realmente eran tales, el ver los deseos, que en ellos reconocían y que el mismo fundador manifestaba, de reunirse á la Compañía conservada en Rusia; deseo, que en muchos de los secuaces de Paccanari era sincero y eficaz.

Hallábase á esta sazón ausente de Parma el P. Vice-Provincial Luis Panizzoni, que había pasado á Rusia con el fin, á lo que yo creo, de tratar con el P. General la cuestion del establecimiento del noviciado en Parma. Dirigióle Paccanari una carta escrita en Venecia á 9 de Febrero de este año de 1799, pidiéndole le alcanzara la agregacion de él y de los suyos á la Compañía. Sea que de palabra ó por escrito el P. Pignatelli hubiese enterado al P. Panizzoni del carácter de Paccanari y de las tendencias de su fundacion, sea que por sí mismo reconociese el Vice-Provincial algo de lo que en realidad había, por el contenido de carta de Paccanari; en lo que no cabe duda es que el P. Panizzoni á 40 de Julio respondió desde Polotsk en tales términos, que buena-mente le dio á entender que la tal agregacion no era posible; y esto, por las mismas razones que obligaron al P. Pignatelli á decirle que ni Paccanari ni los suyos eran jesuítas ni lo serian jamás.

Escrita la carta al P. Panizzoni, pasó Paccanari á Florencia á informar al Padre Santo del resultado poco satisfactorio de su comision en Roma, del destierro intimado á él y á sus compañeros, y de la forma de congregacion con el nombre de Compañía de la Fe de Jesús, que acababan de adoptar. En esta visita de Paccanari á Pío VI, que tuvo lugar el mes de Marzo de este año de 1799, concedióle el Pontífice nuevas gracias y privilegios. En este mismo tiempo los Padres de la Fe, residentes en Viena de Austria, suplicaron al Vicario de Jesucristo se dignase aprobar su congregacion del Sagrado Corazon de Jesús.

Era Superior General de esta congregacion el P. Varin, elegido en 9 de Julio de 1797, por muerte de Monsieur de Tournely, quien juntamente con el príncipe Carlos de Broglie había dado principio á la nueva asociacion, y destinádola, como Paccanari la suya, á formar sujetos aptos para la Compañía cuando fuese restaurada. Establecidos primero en Ostert, pueblo de Luxemburgo, después en Lovaina, y finalmente en Viena de Austria, llegaron á juntarse hasta cuarenta individuos. Tomólos bajo su proteccion la archiduquesa María de Austria, y les fundó una casa en Praga, en donde tenía tambien bajo su amparo una nueva asociacion de señoras, que estaba fundando con el objeto de educar cristianamente á las señoritas.

Viendo el Papa la identidad de miras de ambas asociaciones, manda á Paccanari que se dirija á Viena de Austria, en donde residen, dice, unos Padres, que con el mismo fin que él había instituido su Compañía de la Fe de Jesús, ellos estaban fundando una asociacion del Sagrado Corazon de Jesús; que pues el objeto de ambas instituciones era uno mismo, el de preparar sujetos idóneos para cuando la Compañía de Jesús se restaurase, trabajaran de consuno él y el P. Varin, Superior de dichos Padres, y las dos corporaciones se fundiesen en una.

Paccanari, que no suspiraba por otra cosa más que por verse fundador de una orden, voló á Viena á realizar la reunion de las dos congregaciones. El 18 del siguiente Abril tuvo en la corte de Austria una entrevista con el P. Varin, y ambos convinieron en que desapareciese el nombre de Sagrado Corazon de Jesús, que se conservara el de Compañía de la Fe de Jesús, y que el Superior General de ambas congregaciones reunidas, cuyos miembros eran ya unos setenta, sería Paccanari. Así se hizo: y aquel mismo día los profesos renovaron sus votos en manos de Paccanari, y le prometieron obediencia. Aun pasó más adelante el nuevo Superior: fue á Praga, incorporóse no solamente los Padres que allí residían, sino tambien las señoras reunidas bajo la proteccion de la archiduquesa; fundó con ellas un instituto sujeto á él, y las dio el nombre de «Amadas de Jesús» (*Dilette di Gesù.*)

En esto recibió la carta del P. Panizzoni en que le negaba la agregacion de los suyos á la Compañía conservada en Rusia. Y si ántes se preocupaba poco por esta agregacion, que la mayor parte de sus miembros deseaban vivamente; ahora, al verse ya Superior de una nueva orden, y autorizado con la aprobacion del Sumo Pontífice, mas bien rehuía su union con los Padres de Rusia, única esperanza y único deseo del P. Varin y de los suyos. En estas críticas circunstancias falleció en 29 de Agosto de este mismo año de 1799 el Pontífice Pío VI en Valencia de Francia.

El P. Pignatelli, que trabajaba con todas sus fuerzas en vencer las dificultades que se atravesaban en la obra de la fundacion del noviciado, comprendía el daño que podía resultar del dualismo, que naturalmente se iba á producir, con la Compañía de San Ignacio y la de nueva creacion de Paccanari. Era indispensable tener un local, donde se pudieran reunir para formarse segun el espíritu de la Compañía, los que se sentían llamados á ella. Pudiera muy bien acontecer que el nuevo Pontífice, que saliese elegido, en vista de las nuevas dificultades que le creaba la revolucion, tuviera por más conveniente al bien de la Iglesia el mantener las cosas de la Compañía en Italia en el mismo estado en que se hallaban á la muerte de su predecesor.

No se amedrentó por esto el magnánimo corazon del Padre Pignatelli: antes bien por una parte se aprovechó del nuevo peligro, que amenazaba á su favorito proyecto, para incitar al duque D. Fernando á que trabajara con todo ahinco para superar las dificultades que en Parma se ofrecían; y por otra empleó todas las diligencias posibles para evitar el peligro que de nuevo se presentaba. Manejó con tal acierto el negocio, que á no tardar fueron los obstáculos desapareciendo uno á uno, cual si una mano invisible los apartase de en medio del camino.

El duque D. Fernando halló manera de consignar renta fija para el noviciado; módica, es verdad, pero no dudaba el Padre que suplirían su insuficiencia con gran liberalidad su hermana la condesa de la Acerra y su sobrina la duquesa de Villahermosa,

conforme fuesen creciendo las necesidades de la casa. Vencido este inconveniente, ofrecióse medio de hacerse con local á propósito con la ocasion que aquí diré.

Iba recorriendo los estados del duque, dando misiones, el apostólico predicador P. Luis Mozzi. En una de sus excursiones vio un monasterio abandonado por sus antiguos moradores los Padres de Santo Domingo, á causa de su insuficiencia para contener decentemente el número de religiosos que en él vivía, y se habían trasladado á otro más capaz en otro punto de la población. Estaba dicho convento en Colorno, sitio real y residencia ordinaria del duque: sus habitantes se habían enfervorizado en gran manera durante una mision del citado P. Mozzi, en la cual admiraron el ardiente celo del mismo P. Pignatelli, que se manifestó de un modo especial en desterrar las canciones menos honestas, sustituyéndolas por otros cánticos religiosos.

Así lo atestigua Fernando Solari por estas palabras¹: «Hicieron en la mision dos procesiones: ambas salieron de la iglesia de San Estévan, y se dirigieron la una á la de Santa Margarita, la otra á la de San Liborio. El Padre ordenaba las filas, insinuaba á todos el recogimiento, y andaba con los ojos bajos. Entonces fue cuando el Padre con industria hizo aprender una cancioncita devota en honor de la Virgen María con el objeto de quitar la mala costumbre, que reinaba en aquel país, de cantar canciones profanas y menos decentes: y en efecto de allí en adelante no se oyó cantar sino aquella cancion.»

Con el abundante fruto de la mision producido en los colorneses, no se dudó acogerían con entrañas de caridad á los de la Compañía que allí en medio de ellos se estableciesen. No pareció mal el sitio al duque, y menos al P. Provincial; y ambos convinieron en elegirlo para casa de noviciado con el beneplácito de los Padres Predicadores, quienes vieron con mucha satisfaccion que su antiguo convento se aplicase á tan santo destino.

Una dificultad restaba todavía que vencer, y era la del maes-

¹ *Process. Parm.*, fol. 351.

tro de novicios. La persona á quien tal cargo se debía confiar, tenía que reunir cualidades excelentes, pues se trataba de infundir en los corazones de los nuevos candidatos el espíritu genuino del Fundador de la Compañía. No debió de ser este asunto el menos atendido por el P. Panizzoni en sus conferencias con el Vicario General durante su permanencia en Polotsk en este mismo año: y no puede negarse que una de las mayores glorias del P. Pignatelli es el habersele conceptuado el más á propósito para desempeñar oficio tan delicado.

No se le ocultaba al P. Panizzoni, que conocía bien al Padre José, la sorpresa que había de causarle, y la resistencia con que se opondría á ello su humildad; pero sabía cuán arraigada tenía el Siervo de Dios la obediencia en su alma. Llámale, pues, y pregúntale si se sentía con ánimo para hacer por Dios un sacrificio. Encogióse de hombros el humilde Padre con ademan de que se ofrecía para lo que se le ordenase. «Ha llegado ya el día,» dice, «en que por fin se abre el noviciado en Colorno: he pensado confiar á V. R. la formacion de los novicios y el gobierno de la nueva casa.» — «Pero, Padre,» respondió, «me conoce bien V. R.? Después que he vivido veinte y cinco años en medio del mundo, ocupado en negocios tan ajenos de la religion, ¿es posible que yo haya siquiera conservado el poco espíritu de la Compañía que tuve mientras viví en ella? Y ¿cómo lo podría infundir en los que ahora van á dar principio á este noviciado, el primero de la Compañía que se quiere restaurar, en el cual han de echarse los fundamentos de la religion con la misma solidez y pureza que en los primitivos tiempos de ella, cuando el Santo Padre Ignacio le comunicó su espíritu?»

Respondióle el P. Panizzoni que veía todo esto; que en las mismas circunstancias se hallaban todos los demás Padres, á quienes otros impedimentos no imposibilitaban para aquel cargo; que de Rusia no se podía mandar á Italia ninguno de aquellos religiosos para colocarle al frente del noviciado; y que por todas estas razones convenía que se echase en brazos de la Providencia, confiando que ella supliría lo que á él le faltase. «¡Ah Padre

mío!» exclamaba, «¡yo maestro de novicios! ¡yo Superior!» Y decía esto como aturdido y fuera de sí, y con un semblante tan lleno de confusion y vergüenza, que daba lástima verle.

Tan baja era la opinion que de sí tenía el humilde Padre, siendo así que á pesar de haber residido tan corto espacio de tiempo en la ciudad de Parma, la fama de su santidad se había extendido ya y había llegado á Colorno, segun lo afirma Pablo Navaroli con estas palabras¹: «Recuerdo haber oído hablar de este Padre aun ántes de su venida á Colorno; y una vez en particular, estando en la Plaza con el Doctor Uberto Bettoli, este me dijo: «Mira; pasa el hombre santo:» aludiendo al P. Pignatelli allí presente.»

Con la resistencia del Siervo de Dios el P. Provincial se confirmó más y más en su propósito; y el P. Pignatelli tuvo que inclinar la cerviz á la obediencia y tomar sobre sus hombros el peso que se le imponía. Con el alma, pues, y con el corazón puesto en aquel Dios, de cuya voluntad son intérpretes los Superiores, se abstuvo de resistirse más; y á los pocos días partió para su nuevo destino con el fin de abrir el noviciado ántes de la eleccion del nuevo Pontífice.

De la entrada del P. Pignatelli en Colorno véase cómo habla Alejo Lamberti, testigo ocular: «En Noviembre,» dice², «del año 1798³ abrióse la casa contigua al convento de Padres Dominicanos para uso de los Padres Jesuitas que iban á servirse de ella. El P. Pignatelli fue el primero que en compañía del novicio D. Antonio Seranzo vino á habitar aquella casa; á los cuales se juntaron dentro de pocos días los PP. Rodríguez, Martínez y Montesisto, y algun otro novicio con el maestro Guerini.»

«Yo tuve la suerte de hallarme presente en el momento mismo en que el P. Pignatelli bajó del coche; y yo mismo fui el que por orden del Sr. Constantino Dafossi, persona que servía

¹ *Process. Parm.*, fol. 695.

² *Ibid.*, fol. 659.

³ *Sic*: será error de copia: fue en 1799.

en la corte, y además Prior de la Congregacion del Sagrado Corazón de Jesús, erigida ya entonces en aquella iglesia, saqué del carruaje una cajita, que contenía cierta cantidad de dinero, segun me dijo el Sr. Constantino Dafossi, y la llevé al cuarto destinado para el P. Pignatelli.»

«Yo me hallaba entonces agregado á aquella iglesia en calidad de campanero y sacristan, y me retribuía la mencionada congregacion. De allí á poco el mismo P. Pignatelli me dijo que en adelante me retribuirían los PP. Jesuitas: y continué yo en efecto en mis oficios hasta que los Padres salieron definitivamente de Colorno, excepto un solo año que estuve fuera de la ciudad.» Hasta aquí el buen Alejo: y añade¹ que «en aquel primer tiempo eran cuatro los novicios.»

Llegado, pues, á Colorno el P. Pignatelli, lo primero que procuró fue que se amueblase con decencia, aunque con pobreza suma, el convento de San Estévan, se dispusiese el local y se distribuyese en aposentos, dormitorios y otros departamentos y oficinas para el servicio de la casa; y todo de tal suerte, que facilitase la observancia regular y la disciplina doméstica: y no se llamó á ningun otro de los jóvenes, que estaban ya admitidos, ántes de que siquiera lo más necesario estuviese en su punto y en buen orden.

Entretanto, cual si á su caridad hubiese sido encomendada toda la poblacion de Colorno, abrasado en celo y deseoso de dar expansion á la fuerza interior de su espíritu, se dedicó á promover con todo el afán y con todas las santas industrias de su prudencia el bien espiritual de sus prójimos. Y para conformarse más al espíritu de su vocacion y seguir las huellas de los primeros fundadores de la Compañía, se aplicó de un modo particular, y casi diría exclusivamente, á socorrer y ayudar á los pobres y menesterosos, á los enfermos más abandonados y miserables, y á los presos de la cárcel.

La casa de San Estévan, ántes que fuesen á habitarla los

¹ *Process. Parm.*, fol. 661.

Padres, se había destinado para la erección de un nuevo hospital; y unos bienhechores habían dispuesto de dos pequeñas mandas pías para este efecto¹. No era con mucho bastante esta cantidad para aquella obra: y el P. Pignatelli, no queriendo que el pueblo de Colorno, por haberle acogido á él en aquella casa, se quedase sin un refugio para los enfermos, buscó en seguida otro local á propósito: halló una casa por nombre «la Fattoria,» aplicó á ella los legados arriba dichos, y se interesó con el duque para que contribuyese con la cantidad necesaria á la fundación: á lo cual accedió el piadoso Infante.

Como este se hallara en la actualidad en menos desahogo del que era necesario para desembolsar la suma que se necesitaba, y propusiera diferir la obra para mejores tiempos, no se pudo contener el caritativo Padre, y con el ascendiente que tenía con D. Fernando, le dijo con marcado acento: «Oh no: comencemos pronto de la manera que podamos; después correrá á cuenta de Dios perfeccionar esta pía obra.» Dicho esto, se ofreció á contribuir con una determinada suma de dinero á la formación de los fondos necesarios para la fundación; y admirado el duque del celo y liberalidad del Padre, se vio en el compromiso de secundar sus santos intentos, y dio las órdenes oportunas para que se procediera inmediatamente á la ejecución de la obra, y no se levantase la mano de ella hasta concluirla.

Dirigió luego sus miradas á la cárcel; y este fue el campo donde al principio más ejerció su celo. Desvivíase por morigerar á los infelices que en ellas estaban detenidos por crímenes notorios, procurando reducirlos á vida digna de cristianos. Visitábalos varias veces á la semana; pasaba largo tiempo instruyéndolos en las cosas necesarias para la salud de sus almas, y procuraba excitarlos al dolor de sus culpas y á lavarse de ellas

¹ *Process. Parm.*, fol. 661. Que existía ya uno, lo insinúa PEDRO MAZZERA (*ibid.*, fol. 241,) quien dice que el Padre le hizo llevar un cestito de dinero, «y nos dirigimos» añade, «al hospital viejo, cuyo administrador era el difunto D. José Tarchioni, al cual yo entregué aquel cestito.»

en el sacramento de la penitencia por medio de una sincera y dolorosa confesión. La causa de haber escogido la cárcel y hospital como primer teatro de su celo, además de lo que hemos indicado, esto es, la imitación de los primeros Padres de la Compañía, fue la formación de los nuevos hijos de ella, que pronto habían de frecuentar aquellos humildes lugares para echar los fundamentos de su santidad según la norma de los antiguos Padres, que fundaron la Compañía.